

Me llamo Tagus y nací a finales de la primavera, a unos cuantos kilómetros de las afueras de Moscú. Soy el único varón de cuatro hermanos. Vinimos al mundo con unas manchas negras, una pelusilla del diablo color canela y unas rayas más oscuras que nos recorrían el cuerpo desde la cabeza hasta la cola. Nacimos en un territorio excepcional, fresco y no demasiado húmedo, con majestuosos robles. De fondo, una amplia variedad de arbustos y abundantes claros limpios de vegetación.

Yo destacaba entre mis hermanas, pero no por mi tamaño, sino por mi viveza, por ser espabilado y echado para adelante. A mis hermanas las veía menos atrevidas, como más miedosas, a excepción de Nadia, que tenía unos andares sandungueros y un aire de presumida y coqueta.

Mi madre se llamaba Alina y era todo bondad, una becada de esas un poco chapadas a la antigua, siempre pendiente de nosotros. Una madre Teresa de Calcuta. A mi padre no lo conocimos. Según nos explicó mi madre, murió antes de que naciéramos.

Ella nos llevaba a corretear por los alrededores de nuestro nido. En ningún momento se separaba de nuestro lado ni apartaba de nosotros sus grandes ojos redondos como perlas negras. Al mismo tiempo, vigilaba los alrededores, siempre alerta al más mínimo ruido. Si alguno nos alejábamos, enseguida nos llamaba produciendo un sonido algo más bronco que el que emitía al llamarnos para darnos de comer aquellas largas lombrices gordas, resbalosas y frías, que estaban tan buenas. Acudíamos a la carrera para picotearlas. Nuestro pico todavía era pequeño y ella nos las partía con el suyo, bastante más largo.

A veces, mi madre nos transportaba volando, uno a uno, de un lugar a otro. El día que nos cruzó al otro lado del riachuelo cercano a nuestro nido, pasé un poco de miedo. Nos cogía entre las patas y nos sujetaba contra el pecho con el pico. Aquel día fui el primero en cruzar con ella y, cuando llegábamos a la otra orilla, me resbalé de entre sus patas. Menos mal que ya habíamos cruzado el río y mi madre volaba a escasa altura del suelo para soltarme. Aun así, rodé como una pelota. Tuve suerte de caer en un esponjoso musgo que me amortiguó el golpe.

Después de poco menos de un mes, un amanecer inicié mi primer vuelo en solitario, desobedeciendo a mi madre y dejando a mis miedosas hermanas. Mi intención no era alejarme demasiado, solo quería volar libre y sentir en las alas, en mi ser, el viento por encima de los árboles. Aunque mis plumas todavía no estaban bien formadas y no las tenía todas conmigo, me relajé mirando el paisaje tan impresionante de alrededor. Allí arriba me sentí libre de verdad.